



Domingo del Juicio final

Lecturas: 1ª Corintios 8:8, 9:2; Mateo 25:31-46

Contaquio tono 1

Oh Dios, cuando vengas a la tierra con gloria y tiemble el universo, un río de fuego fluirá ante el tribunal, los libros serán abiertos y los secretos serán manifestados. Entonces líbrame del fuego inextinguible y hazme digno de estar a Tu diestra, oh justo Juez.

Litúrgica

La Segunda Venida de Cristo

En este domingo se presenta la dimensión escatológica de la Gran Cuaresma: la preparación de la Segunda Venida del Salvador, para el paso eterno al mundo venidero. El juicio no es solamente en el futuro. Aquí y

ahora, cada día y cada hora, fortificando nuestros corazones con respecto a los otros y omitiendo responder a las ocasiones para ayudarlos, nos juzgamos ya a nosotros mismos. Esta conmemoración nos muestra el camino del arrepentimiento, que no es un fin sino un medio para acceder al Reino de Dios y para gustar de la gloria y el amor de Dios. El arrepentimiento es comprender lo que se puede ser por la gracia de Dios y, en este sentido, hay algo positivo.

Desde el lunes, nos abstenemos de la carne, pero se pueden consumir lácteos incluso el miércoles y el viernes.

Sinaxario del Tríodo

“En este día, hacemos memoria de la segunda y temible Venida de nuestro Señor Jesús Cristo. Cuando te sientes para juzgar a la tierra, oh Juez universal, y juzgues a toda la tierra, júzgame digno también de escuchar tu voz diciendo: ¡Ven!”.

Esta memoria la dispusieron los padres divinos después de las dos parábolas, a fin de que tras haber conocido por ellas el amor de Dios hacia los hombres, nadie viva en la imprudencia diciéndose: Dios ama a los hombres y, cuando yo deje de pecar, estaré listo para recibirlo todo. Aquí es, pues, donde han puesto la memoria de este temible día, a fin de que por la muerte y en la espera de las adversidades futuras, los que están dispuestos a la imprudencia, prueben el temor y vuelvan a la virtud, sin contar solamente con Aquel que ama a los hombres, sino considerando igualmente que el Juez es justo y que dará a cada uno según sus obras. Además, estando ya las almas dispuesta (el sábado de difuntos, conmemorado ayer), era necesario que viniera también el Juez. En cierta manera, la fiesta presente toma lugar ahora como el término de todas, puesto que será también el último día para todos nosotros. En efecto, es necesario considerar que los padres dedicaran el domingo siguiente al comienzo del mundo y a la caída de Adán y su salida fuera del paraíso. La presente fiesta señala el fin de los días y el fin del mundo. Está puesta el domingo de la abstinencia de carne, creo, para dominar el alimento y contener la glotonería gracias al temor que procura esta fiesta y para llamarnos a la compasión con el prójimo. Por otro lado, la presente fiesta tiene lugar aquí, porque es justo tras haber comido cuando fuimos expulsados del Edén y que incurrimos en el juicio y la maldición, pero también porque el domingo siguiente, que conmemora a Adán, debemos estar simbólicamente expulsados del Edén, hasta que Cristo, regresando de nuevo, nos devuelva al paraíso.

La Segunda Venida significa que vino una primera vez a nosotros, pero simple y sin gloria, mientras que allí, vendrá desde el cielo y con su cuerpo, con maravillas sobrenaturales y con una gloria resplandeciente, para que sea reconocido por todos como Aquel que vino la primera vez, y que librá al género humano y lo juzgará ahora, para ver si ha preservado bien lo que le había sido dado (...).

Como un resplandor venido del cielo, así será la Venida del Señor, precedida por Su venerable Cruz, y un río de fuego hirviendo se presentará ante él purificando toda la tierra de sus manchas. Inmediatamente, el anticristo y sus secuaces serán apresados y entregados al fuego eterno. Mientras que los ángeles tocarán la trompeta, nos reuniremos de los confines de la tierra y de todos los elementos, y todo el género humano confluirá en Jerusalén, porque es el centro del mundo, y se instalarán tronos para el Juicio. Todos, con cuerpo y alma, se transmutarán hasta la incorruptibilidad y tendrán la misma fisonomía, mostrando entonces todos los elementos una mejora. Así, con una sola palabra, el Señor separará a los justos de los pecadores, y los que hayan hecho el bien podrán gozar de la vida eterna. Por su parte, los pecadores irán hacia el castigo eterno, sin encontrar nunca ningún respiro. Cristo no se informará sobre el ayuno, el denuedo o los milagros; ciertamente, estas cosas también son buenas, pero las hay mejores, a saber, la limosna y la compasión. Pues tanto a los justos como a los pecadores, les dirá seis cosas: “Tuve hambre, y me disteis de comer. Tuve sed, y me disteis de beber. Era extranjero, y me acogisteis. Estaba desnudo, y me vestisteis. Estuve enfermo, y me visitasteis. Estaba prisionero, y vinisteis a verme. Cuando hicisteis alguna de estas cosas a uno de estos pequeños, mis hermanos, a mí me lo hicisteis”. Y esto, cada uno debe hacerlo según sus posibilidades. Entonces, toda lengua proclamará que Jesús Cristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. En cuanto a los castigos que nos revela el Santo Evangelio, son estos: “Habrà llanto y rechinar de dientes, el gusano que roe sin fin, el fuego que nunca se extingue y se nos echará a las tinieblas de afuera”. Pero la Iglesia de Dios, recibiendo todo esto con certeza, cree que la estancia de los santos con Dios es el esplendor perpetuo de su luz expandiéndose sobre ellos, así como su elevación hacia Él constituyen las delicias del paraíso y del Reino del cielo. El castigo, las tinieblas o lo que las reúna, es la separación de Dios, el encarcelamiento de la conciencia que pregunta a las almas cómo han podido, por imprudencia o por un gozo efímero, privarse de la iluminación divina.

“Por Tu inefable amor por los hombres, oh Cristo nuestro Dios, júzganos dignos de escuchar Tu deseada voz, cuéntanos entre los que estén a Tu diestra y ten piedad de nosotros. Amén”.

Extractos del oficio del día

Para apoyar el carácter grave y temible de este domingo, el tono 6 es elegido nuevamente en el Lucernario y en los Laudes.

Maitines, canon, segundo catisma tono 6

Pienso en el día temible del juicio y lloro por mis malas acciones: ¿cómo me defenderé ante el Rey inmortal, cómo osaré mirar al Juez, perverso de mí? Padre misericordioso, Hijo Único y Espíritu Santo, tened piedad de mí.

Maitines, canon, oda 4ª, tropario 2º

Cada uno será examinado en su rango: el monje, el jerarca, el anciano y el joven, el siervo y el amo serán examinados, la viuda y la virgen darán cuentas; este día será desgraciado para los que no hayan llevado una vida irreprochable.

Maitines, canon oda 7ª, tropario 6º

Vuelve, haz penitencia, oh alma, revela lo que has ocultado, díselo a Dios que lo sabe todo: Tú conoces mis secretos, Tú, el único Salvador, pero como canta David, ten piedad de mí, Señor, en Tu gran misericordia.

Maitines, Laudes, 2ª Estíquera, tono 6

¡Qué momento será aquel día terrible, cuando el Juez se siente sobre su trono temible! Los libros serán abiertos y las acciones denunciadas, los secretos de las tinieblas serán divulgados, los ángeles pasarán por los pueblos para reunirlos: ¡Venid, escuchad, reyes y príncipes, esclavos y hombres libres, pecadores y justos, ricos y pobres, y sabed que el Juez viene, el que juzgará al mundo entero! ¿Quién podrá subsistir ante Su Rostro, cuando los ángeles se dispongan para denunciar los actos, los pensamientos, los deseos, tanto los del día como los de la noche? ¡Ay, qué momento será aquel! Antes de que llegue el fin, oh alma mía, apresúrate a clamar, oh Dios, vuelvo a Ti, sálvame, pues eres el Único misericordioso.

Homilía

San Teófilo el Recluso

Representémonos la escena del Juicio temible y guardémosla siempre presente en nuestro espíritu

Hoy, la Iglesia nos recuerda el juicio temible. Ya, nos ha invitado a imitar al publicano clamando con humildad: “Oh Dios, ten piedad de mí, pecador”. Nos ha enseñado a no entregarnos a la decadencia, mas, por el contrario, a levantarnos y a volver al Padre celestial, según la forma del Hijo Pródigo, suplicándole que nos reciba, a nosotros, sus hijos. Pero la Iglesia teme aún que uno de nosotros, por negligencia, desconozca estas lecciones, y por la dureza de su corazón, persista en el pecado. Por eso hoy, dibujándonos la escena del Juicio temible, nos dice más fuertemente incluso: “Arrepentios”. Si no os arrepentís, pereceréis todos. Así, Dios ha fijado un día, un día que llegará como el ladrón en la noche, donde proyectará su luz sobre los misterios de las tinieblas, o desvelará los secretos de los corazones y retribuirá a cada uno según sus obras. Los pecadores no se beneficiarán entonces de ninguna gracia. No entrarán en el gozo del Señor más que los justos y los que, habiendo conocido la desgracia de hundirse en el pecado, hayan experimentado un arrepentimiento sincero y hayan rectificado su vida. Meditando sobre este día temible, cesad de cometer pecados, arrepentios y tomad la firme resolución de observar sin descanso los mandamientos del Señor.

En efecto, ninguna verdad es más apta para ablandar el corazón endurecido que la verdad sobre el juicio temible. Esto lo sabe el enemigo y se dispone a ponernos en una disposición de espíritu tal, que no pensemos de ninguna forma en este Juicio, o si pensamos, que sea superficialmente, sin hacer descender este pensamiento a nuestro corazón, sin dejarle la posibilidad de ejercer todos sus efectos. Si el pensamiento del juicio no nos abandonara nunca y si con todo nuestro corazón sintiéramos su fuerza, ya no habría pecadores, o al menos estos no serían más que ocasionales, involuntarios, transitorios, y se revelarían inmediatamente después de haber caído por descuido. Pero he aquí, no entramos en los aminos de Dios y por eso pecamos, nos endurecemos en el pecado por rechazo al arrepentimiento.

Representémonos la escena del Juicio temible y guardémosla siempre presente en nuestro espíritu. Así como en la vida ordinaria vemos el cielo por encima de nosotros, con el sol y los demás astros, así como todas las criaturas alrededor nuestro, hagamos lo mismo espiritual mente. En el cielo, contemplamos al Señor Juez rodeado de nubes de ángeles y alrededor de nosotros, vemos a todos los hijos de los hombres desde el comienzo del mundo hasta su fin, que se disponen ante él con temor y temblor. Allí también hay un río de fuego y libros grandes abiertos. El Juicio está cerca... Llenos nuestro espíritu con esta visión y ya no la dejemos. Levantándonos de nuestro lecho, digamos: “Piensa en el día temible, alma mía, y vigila”. Y yendo a acostarnos, digamos de nuevo: “He aquí, el círculo me rodea, la muerte me espera”. “Temo, Señor, Tu juicio y los sufrimientos eternos”. Y a cualquier hora del día repitamos: “Señor, quítame de los sufrimientos

eternos, el gusano que roe y el abismo del infierno”. Pues, aunque pensemos en el juicio o aunque no pensemos en él, es inevitable. Pero si guardamos recuerdo de él, podemos evitar sus terribles sentencias. Este recuerdo puede enseñarnos a alejarnos de todo lo que hace al juicio terrible y el miedo al juicio nos evitará el terrible veredicto.

Ojalá este pensamiento no sea vano en nosotros: profundicemos en él y recibamos de corazón el juicio, la condena y la sentencia del Juez.

¿Hay alguien hoy en día que se juzgue a sí mismo correctamente o que sea juzgado correctamente por otros? El amor propio nos priva a nosotros mismos del juicio de nuestra conciencia; el cuerpo y una apariencia decente nos protegen contra la perspicacia de la gente que nos rodea. Olvidándonos de Dios y sin decirlo abiertamente, pensamos: “¡Dios no ve!”. No sucederá así en el juicio; seremos visibles a nosotros y los otros nos verán tal y como somos en palabras, en actos y en pensamientos. Cada uno, viéndose, verá que es visible a los demás y que es percibido por la mirada de Dios, más resplandeciente que el sol. De comprender que todos los pecados son visibles, esto aplastaría por su peso al pecador y haría que fuera mejor para él, y no que cayeran las montañas sobre él y lo aplastaran.

Hoy somos muy fuertes por la indulgencia, para excusarnos por diversos medios ante nosotros mismos, ante los otros y ante Dios. Pero en aquel día, no habrá lugar para ninguna justificación. Nuestra conciencia nos dirá: “¿Por qué has actuado así?”. Y en los ojos de los demás, leeremos: “¿Qué has hecho?”. Y de parte del Señor, este reproche se incrustará en nuestro corazón: “¿Te hacía falta realmente obrar así?”. Estos reproches, estas reprimendas, asediarán nuestra alma por todos lados y no habrá escapatoria. Este nuevo peso, el peso de la condena general, sin posibilidad de justificación, pesará mucho más incluso sobre el desgraciado pecador.

En nuestros días, la lentitud de los asuntos judiciales aleja la suerte de los prevenidos y les inspira la esperanza para justificarse. En el día del juicio, no sucederá así. Todo estará regulado en un abrir y cerrar de ojos, el juicio no tendrá prolongación y la sentencia no tendrá apelación. No habrá contestación. Por un signo de Dios, los justos serán separados de los pecadores como los corderos de las cabras y todos quedarán mudos, sin tener nada que decir en este juicio, en esta condena. Se espera la última derrota del pecador, y he aquí lo que se espera: “Venid, benditos de mi padre!... ¡Alejaos, malditos!... La sentencia es definitiva, sin vuelta atrás; sella la suerte de cada uno por los siglos de los siglos. Por los siglos de los siglos, sonará en el oído del pecador condenado: “Aléjate, maldito”. Así mismo, por los siglos de los siglos, colmarán de gozo al justo las dulces palabras: “Venid, benditos de mi Padre”. Este peso de la reprobación es el más intolerable que pesa sobre los pecadores no arrepentidos.

¡He aquí lo que sucederá! Y he aquí lo que hoy quiere la Iglesia enseñaros! Afrontemos con compasión esta temible situación del pecador en el último día, en la que le expondrán el juicio, la condena y la sentencia. Afrontémosla y esforcémonos por evitarla. Nadie escapará al juicio. Todo será como está escrito. El cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios que lo afirma y habla del juicio que sucederá, esta palabra no pasará. ¿Seremos nuestros propios enemigos? No. Entonces, apresurémonos a escapar de la desgracia, de los tormentos y de la desesperación con las que nos amenaza el último día. ¿Cómo evitarlos? Ya sea por nuestra cualidad de “justos” ya sea por la misericordia divina. si no tienes cualidad de “justo”, gracias a la cual podrías estar entre los que están a la diestra del Juez, entonces esfuérzate con antelación, y justificate ante Dios vertiendo lágrimas de arrepentimiento y purificándote por acciones caritativas, y serás acogido entre ellos por la misericordia divina que justifica, si no es en razón de la justicia.

Y he aquí que comienza el tiempo propicio para estos esfuerzos. Ya estamos al comienzo de la Cuaresma. Ha sido instituido el freno puesto para la satisfacción de las necesidades de la carne, para dar más importancia a las obras del espíritu. Preparaos, pues. Huid de todo aquello por lo que puede ser estropeada la semana que entra, los malos hábitos del mundo; huid de ellos tanto como os lo permitan vuestras condiciones de vida y las debilidades de vuestros caracteres, a fin de entrar suficientemente preparados en la etapa del ayuno y de la abstinencia, para purificaros, para enraizaros en la pureza y adquirir la aptitud para estar purificados ante el Trono temible del Juez universal, Dios. Amén.

*Traducido por psaltir Nektario B.
Para cristoesortodoxo.com
© Febrero 2015*